

Capítulo 1

1834

— ¡Oh, Clarinda! ¿Has visto el último número del *Snitch*? ¡He cogido uno en el puerto antes de embarcar y hay un artículo absolutamente fantástico sobre el capitán sir Ashton Burke!

Clarinda Cardew sintió que se le clavaron involuntariamente los dedos en la cubierta de cuero del libro que estaba leyendo. A pesar de la agradable calidez de la brisa marina que le acariciaba las mejillas, percibió que su rostro se congelaba para mostrar la máscara de calculado desinterés que adoptaba en cuanto Ese Nombre era mencionado. No le hacía falta un espejo para saber lo efectiva que era. Había tenido nueve largos años para perfeccionarla.

—¿Ah, sí? —murmuró sin levantar los ojos de la página.

Desgraciadamente, Poppy estaba demasiado fascinada con el asunto como para advertir la falta de entusiasmo de Clarinda. Poppy se inclinó hacia delante en su asiento de cubierta ajustándose sus gafas con montura de alambre que tenía apoyadas en la punta de la nariz.

—Según este artículo, habla fluidamente más de quince idiomas, incluyendo el francés, el italiano, el latín, el árabe y el sánscrito, y se ha pasado la última década viajando de una esquina a otra del globo.

—Hablando con propiedad —dijo Clarinda secamente—, los globos no tienen esquinas. Son redondos.

Poppy continuó sin intimidarse:

— «Tras conseguir una impresionante victoria en la guerra de Birmania con su regimiento del ejército de la Compañía de las Indias Orientales, recibió el título de caballero por parte del rey. Debido a su feroz habilidad en el combate singular, los hombres que tenía a sus órdenes lo apodaron sir Salvaje.»

— Mucho más intimidante que sir Indefectiblemente Cortés.

Sintiéndose bastante salvaje también, Clarinda dio la vuelta a la siguiente página de su libro y se quedó mirando enceguecida unas palabras que bien podrían haber estado escritas en sánscrito o en algún otro idioma antiguo.

— «Cuentan los rumores que mientras estaba en la India rescató a una hermosa princesa indostaní de los bandidos que la habían secuestrado en su palacio. Cuando su padre le ofreció su mano, y una fortuna en oro y joyas como recompensa, Burke le dijo que se contentaría simplemente con un beso.»

— Su padre debía ser excelente besando —replicó Clarinda levantando el libro para tapar su cara por completo.

Poppy apartó su mirada embelesada del *Snitch* lo suficiente como para lanzarle una mirada exasperada.

— De su padre no, boba. De la princesa. Según el artículo, las hazañas románticas del capitán Burke son casi tan legendarias como las militares. También dice que después de que solicitara abandonar el ejército, fue contratado por la Asociación Africana para dirigir una expedición a las profundidades del continente. Su alianza con la asociación fue abruptamente interrumpida hace tres años al regresar de África con abundantes notas sobre las costumbres carnales de las tribus primitivas que allí descubrió. Incluso los más sofisticados eruditos se escandalizaron por la atención a los detalles que evidenciaban sus descubrimientos. ¡Hubo quien se atrevió a insinuar que él mismo debía haber participado en esos rituales!

Clarinda frunció el ceño mientras la risita nerviosa y escandalizada de Poppy amenazaba con perforarle los tímpanos. La imagen de un hombre rebajándose a sí mismo entre los brazos lustrosos de alguna belleza con piel de ébano, rodeados de fuego y bajo el irresistible ritmo de

los tambores nativos, hizo que le palpitaran las sienas. Durante un instante consideró lanzar por la borda esa revista de sociedad. O quizás a la propia Poppy.

Normalmente Penélope Montmorency, conocida como Poppy tanto por Clarinda como por sus antiguas compañeras del Colegio para Damas Jóvenes de la señorita Bedelia Throckmorton, era una compañía muy afable. Tal vez era demasiado aficionada a los rumores de la alta sociedad y a las galletas de té glaseadas, además tendía a hablar como si cada afirmación estuviese entre signos de exclamación, pero también tenía buen carácter, era leal y no había ni un gramo de verdadera malicia en su cuerpo bajito y regordete.

A Poppy le gustaba leer a Clarinda las sagradas páginas del *Almanaque de Moda Femenina*. Pero Clarinda supuso que los ornamentos de plumas, los pájaros embalsamados y las series de lazos que las francesas lucían en las alas de sus sombreros ese verano no se podían comparar con las proezas legendarias, románticas o de otro tipo, del gallardo capitán sir Ashton Burke.

El suave balanceo de la cubierta del barco bajo sus asientos ya no resultaba tranquilizador para los nervios de Clarinda. Aunque nunca había sufrido mareo ni por asomo, comenzaba a sentirse claramente revuelta. Con el fin de calmar esa sensación, apartó el libro, se levantó de su asiento y se dirigió hacia la proa del barco. Aunque estaba rodeada de un mar y un cielo infinitos, no tenía dónde escapar de la fascinación de Poppy con el asunto del artículo.

—«Desde que cortó sus lazos con la Compañía de las Indias Orientales y la Asociación Africana —leyó su amiga—, el aura de misterio que rodea a Burke se ha incrementado. Hay quienes especulan que ahora pasa su tiempo adquiriendo valiosos tesoros arqueológicos o que algún gobierno extranjero podría haberlo contratado como espía.»

Clarinda se obligó a bostezar.

—No debe de ser particularmente bueno si todo el mundo sospecha que es espía.

—El artículo incluso incluye un dibujo que lo retrata. —Poppy giró la revista de un lado a otro murmurando alegremente para estudiar cada

ángulo posible antes de anunciar con gran convicción—: Me temo que el artista lo debe haber retratado favorecido. Ningún hombre puede ser tan guapo, ¿verdad?

Clarinda se agarró a la barandilla del barco luchando contra la tentación de darse la vuelta y arrancarle la publicación de las manos. No necesitaba un dibujo para recordar sus iris color ámbar enmarcados en negro y salpicados de chispas de oro puro, el hoyuelo de granuja en una de sus angulosas mejillas, sus labios hermosamente esculpidos que siempre parecían estar al borde de curvarse con una sonrisa burlona, justo antes de ablandarse para robar un beso... o un corazón indefenso. Tal vez Miguel Ángel o Rafael podrían haber hecho justicia a esos detalles, pero era imposible capturar la irresistible vitalidad de un hombre así, con unas cuantas líneas dibujadas con una pluma.

—Debe de llevar muchos años fuera de Inglaterra, pero tú creciste en una propiedad contigua a la suya, ¿verdad? —preguntó Poppy—. Seguro que por lo menos debiste haberlo atisbado.

—Hace muchos años me fijé en él, pero entonces no era más que un muchacho. Pero mis recuerdos son bastante difusos —mintió Clarinda—. Creo recordar vagamente una larga nariz ganchuda, un par de piernas flacuchas y patizambas, y unos dientes salidos como de castor.

Clarinda tardó un momento en darse cuenta de que había descrito al maestro de danza menos querido del colegio de la señorita Throckmorton. Además el pobre señor Tudbury tenía la inoportuna tendencia a escupir cuando les daba órdenes para que hicieran una pirueta o realizaran un *battement glissé*.

Poppy suspiró melancólicamente.

—Me pregunto dónde puede haber desaparecido el capitán hasta ahora. ¿Imaginas que haya ido a rescatar a más princesas?

Traicionada por la punzada de nostalgia que la fantasía romántica de su amiga había agitado en su propio corazón, Clarinda se dio la vuelta para mirarla.

—¡De verdad, Poppy! ¡No hay necesidad de adular a un hombre como si fuéramos todavía un par de atontadas colegialas! No es más que un avaricioso mercenario que se gana la vida robando tumbas y vendien-

do su espada al mejor postor. La prensa puede querer glorificarlo, pero eso no lo hace un héroe. —Clarinda humedeció la ardiente mecha de su temperamento con una tranquila inspiración—: La mayoría de los hombres que se ocultan en rumores e insinuaciones lo hacen porque no tienen nada realmente importante que esconder. Difunden esos relatos fantásticos simplemente para tapar su... *pequeño defecto*.

—¿Pequeño defecto? —Los ojos color azul violáceo de Poppy se abrieron como platos detrás de las gruesas lentes de sus gafas—. Seguramente no te referirás a... —Sus tirabuzones color melocotón recogidos en las sienes bailaron como las orejas de un spaniel al llevarse la regordeta mano a la boca para contener una risilla de sorpresa—. ¡Cómo! ¡Clarinda, eres muy mala! Debes aprender a controlar esa lengua tuya tan traviesa. ¡No olvides que serás la esposa de un conde en menos de quince días!

Las palabras de censura de Poppy recordaron a Clarinda exactamente qué, y quién, la esperaba al final de ese viaje a través de las agitadas aguas del Atlántico Norte. No necesitaba que su amiga le dijera que era la envidia de todas las ansiosas jóvenes debutantes y sus intrigantes madres, cuyas esperanzas se habían hundido tras el reciente anuncio de su compromiso. De algún modo había conseguido atrapar al mejor partido de Inglaterra, y a uno de sus hijos más amados, a la relativamente avanzada edad de veintiséis años.

Su prometido era un hombre maravilloso: guapo, amable, inteligente y noble, tanto por su abolengo como por su carácter. Tenía todo lo que una mujer podría querer.

Lo cual no explicaba el doloroso vacío en el corazón de Clarinda al volver a girarse hacia el mar para escapar de la mirada burlona de Poppy. O su desesperado deseo de sacarse el sombrero de ala ancha y los peines de madreperla para dejar su larga cabellera trigueña al viento.

El sol resplandecía sobre las crestas de las olas, y su brillo intenso hacía que le picaran los ojos.

—Cuando sea condesa —dijo con ánimo resuelto—, nunca tendré que volver a refrenar mi lengua. En cambio, espero que todo el que me rodee contenga la suya.

—Empezando por mí, supongo. —Poppy puso la revista a un lado y se levantó para unirse a ella en la barandilla—. Pensé que estarías más interesada en las aventuras del capitán Burke, especialmente porque está a punto de convertirse en tu...

—Hablemos de otra cosa, ¿te parece? —Clarinda la interrumpió antes de que Poppy pudiera hablar de lo innombrable, obligándola a arrojarla por la borda—. Como de que vas a ser la estrella del regimiento cuando llegemos a Birmania.

—¿Lo crees de verdad? —Un resplandor de placer invadió las coloradas mejillas de Poppy—. ¡Me encantan los soldados! ¡Siempre he opinado que un uniforme puede hacer que hasta el hombre más insulso parezca un príncipe o un héroe!

—Espera y verás. Los oficiales jóvenes y guapos se pelearán a puñetazos y se retarán a duelo por el privilegio de ponerse a la cola para rellenar tu cuaderno de baile.

Clarinda tenía la verdadera intención de cumplir esa promesa. Incluso aunque su marido tuviera que ordenar a los hombres a su servicio que lo hicieran, bajo amenaza de un juicio militar... o de ejecutarlos.

—Pero ¿y que pasaría si los rumores sobre mí... —Poppy lanzó una mirada nerviosa por encima de su hombro y bajó la voz casi como un susurro, como si alguna anciana chismosa pudiera estar acechando detrás de los barriles de roble amarrados en el mamparo— *indiscreción* ya han llegado a oídos de algunas de las esposas de los oficiales a través del correo?

Era una insondable ironía de la vida que una criatura tímida y apacible como Poppy se hubiera visto involuntariamente enredada en el escándalo de la temporada. Uno que dejó las bocas abiertas y las lenguas en movimiento de Londres a Surrey, destruyendo así su última esperanza de conseguir un marido antes de quedarse para vestir santos.

La propia Clarinda se quedó boquiabierta la primera vez que escuchó que Poppy había sido descubierta en una posición muy comprometida con un cierto joven caballero de Berwickshire. Había dado por sentado que la tórrida historia no era más que una mentira hasta que supo que el incidente había sido presenciado por más de una docena de

testigos. Incapaz de soportar la idea de que su amiga fuera condenada por un pecado que no había cometido, inmediatamente empacó un baúl de viaje y partió a rescatarla, al igual que había hecho muchas veces en el colegio cuando las chicas más ricas y guapas se burlaban de los corpiños que no le quedaban bien y de sus gruesas gafas, o cuando la llamaban Piggy, en vez de Poppy.

Poppy, la única hija de un sencillo hacendado, siempre había estado absurdamente agradecida del apoyo que le prestaba Clarinda, pero ésta le agradecía igualmente su amistad incondicional. El padre de Clarinda anhelaba que tuviera una buena educación, pero lo primero que aprendió en el colegio de la señorita Throckmorton fue que el dinero no podía comprar la estima de aquellos que se veían a sí mismos superiores por nacimiento. Cuando las pequeñas «damas» en ciernes descubrieron que el padre de Clarinda había hecho su fortuna con el comercio, levantaron sus patricias narices y se burlaron abiertamente de su linaje... o de su falta de él. Pero a base de responder respingando la nariz, haciendo como si sus crueles palabras y pequeños desaires no le hicieran daño, finalmente se ganó su respeto y terminó siendo una de las niñas más populares del colegio.

Pero nunca olvidó que Poppy había sido su primera y verdadera amiga, ni que en principio se habían juntado porque ninguna de las dos encajaba.

Clarinda confiaba en que el destacamento en Birmania estaría repleto de oficiales solitarios desesperados por tener compañía femenina. Las mujeres de noble cuna eran escasas, y era más fácil que las indiscreciones del pasado se perdonaran y olvidaran, en vez de seguir recordándolas con alegre malicia.

Tenía la sensación de que, cada una por sus propios motivos, estaban huyendo de Inglaterra y sus recuerdos, buenos y malos.

—Cualquier oficial, o caballero, que no rechace un rumor tan infundado no merece ni limpiar las botas de la señorita Penélope Montmorcency —aseguró a su amiga—, y mucho menos pedir su mano en matrimonio.

Reapareció la sonrisa de Poppy y los hoyuelos en sus mejillas.

—Lo único que deseo es encontrar a un hombre la mitad de apasionado y devoto que el tuyo. Es tremendamente romántico que organizara este viaje para ti en uno de sus propios barcos, teniendo que cruzar la mitad del mundo para convertirte en su esposa.

Pasión nunca había sido una palabra que Clarinda asociara realmente con su prometido. La verdad es que la había perseguido durante mucho tiempo, pero su petición de matrimonio había consistido en una lista detallada de todas las razones por las que les convenía casarse, y no una ardiente declaración de amor. Pero la tenacidad de su naturaleza finalmente la había convencido de que nunca la abandonaría para ir a la búsqueda de algún sueño insensato.

Se encogió de hombros indicando una ligereza de corazón que no sentía.

—El conde es tan entregado como práctico. Su trabajo en la Compañía conlleva tremendas responsabilidades. No podría esperar que dejara sus obligaciones para ir a Londres por algo tan frívolo como una boda —entrelazó su brazo con el de Poppy y volvió la cara al viento, deleitándose con su promesa de libertad, a pesar de que era sólo una ilusión—. No te puedo decir lo reconfortante que es que estés conmigo en este viaje. Sugiero que dejemos de preocuparnos por el pasado y el futuro y que comencemos a disfrutar de cada momento. Bien podría ser que ésta sea nuestra última gran aventura antes de que nos instalemos en una vida de aburrida respetabilidad.

Clarinda comprobó lo equivocada que estaba, pues al instante siguiente retumbó un trueno que surgía del cielo azul y claro. Poppy y ella apenas tuvieron tiempo para volver sus desconcertadas miradas hacia la despejada bóveda celeste antes de que algo golpeara el agua frente al barco levantando una enorme salpicadura que las empapó con un rocío de agua fría y salada.

—¿Qué diablos...? —murmuró Clarinda, que felizmente todavía decía palabrotas, a pesar de estar preparándose para la nueva etapa de su vida.

Antes de que se pudiera limpiar el agua de los ojos sonó otro estallido, seguido de un ensordecedor estruendo detrás de ellas. Se giraron

justo a tiempo para ver que el altísimo palo mayor del barco comenzaba a caerse a un lado como si fuera un árbol recién talado. El enorme mástil se había quebrado por el golpe mortífero de una bala de cañón. Clarinda era vagamente consciente de que las uñas de Poppy se le estaban clavando en la tierna piel de su antebrazo, pero no pudo más que observar impotente y horrorizada lo que parecían cientos de metros de vela que caían ondulantes hasta enterrar la cubierta en una mortaja de lona.

Se vieron obligadas a separarse y agarrarse a la barandilla que tenían detrás, pues el barco dio un bandazo hacia la izquierda, y dejó de avanzar en el momento en que cayó el mástil principal. Unos gritos roncros perforaron sus oídos, acompañados del chillido agudo y penetrante de una pobre alma agonizando de dolor. Los marineros corrían por la cubierta desde todas las direcciones, algunos con cubos de agua; otros corrieron a ponerse de rodillas para detener la caída del mástil en llamas con las manos desnudas.

Mientras el barco comenzaba a escorarse vertiginosamente, inutilizado por ese golpe mortífero, un lugarteniente llegó corriendo hacia ellas desde el castillo de popa del barco.

— ¡Por favor, damas, tienen que bajar de inmediato! ¡Nos están atacando!

— ¿Atacando? — repitió Clarinda, pues sus desesperadas palabras no habían hecho más que aumentar su confusión.

Hasta donde sabía no se permitía que nadie los atacara. Desde la derrota final de la armada de Napoleón, la mayoría de los enemigos de Inglaterra habían sido destruidos y sometidos, si no por las espadas y los cañones, a través de varios tratados. Desde hacía casi dos décadas nadie se había atrevido a desafiar la supremacía de Inglaterra en alta mar.

El marinero se detuvo tambaleante frente a ellas y se quitó su sombrero bicornio, recordando sus modales incluso en un momento tan difícil.

— Me temo que son piratas, señorita — su manzana de Adán sobresalía en su garganta, como si estuviera haciendo un valeroso intento de tragarse su propio terror —. Corsarios.

Poppy tragó saliva. Sólo había que susurrar esa palabra para infundir

terror incluso en el corazón de las almas más valerosas. Los padres la usaban para doblegar a los niños rebeldes, susurrando en sus pequeños oídos que podrían venir los famosos piratas para arrancarlos de sus camas en medio de la noche si no recitaban sus oraciones nocturnas o no se comían hasta la última cucharada de avena.

Los corsarios tenían reputación de merodear por las aguas del Mediterráneo. Saqueaban todos los barcos que se encontraban para conseguir su botín, pero nada era tan valioso para ellos como las mujeres que capturaban y vendían en los bárbaros mercados de esclavos del norte de África y de Arabia.

Eso para las que tenían suerte.

—No entiendo —Clarinda apretó los dientes para contener su repentino castañeteo—. Creía que los franceses habían sometido a los corsarios cuando conquistaron Argel.

—La mayoría se rindieron en ese momento. Pero eso sólo hizo que quienes se negaron a rendirse se volvieran más desesperados e implacables. —El lugarteniente lanzó una mirada al creciente caos que tenía detrás—. Por favor, señorita, no tenemos demasiado tiempo para ponerlas a salvo —su voz se quebró delatando tanto su juventud como lo cerca que estaba él mismo de sucumbir al pánico—. Si nos abordan...

No hizo falta que acabara. Tampoco Clarinda tuvo corazón para señalar que si los corsarios conseguían abordar el barco no habría ningún lugar en el que ella y Poppy, o cualquier otra mujer del navío, incluyendo la esposa del capitán y sus propias doncellas, pudieran esconderse para escapar de las brutales garras de los piratas.

Cerró los dedos en torno a la temblorosa mano de Poppy y puso una sonrisa tranquilizadora con las reservas de su valor, que ya flaqueaba.

—Vamos, querida. Parece que estamos a punto de embarcarnos en una aventura mucho más grande de lo que imaginábamos.

El lugarteniente sacó su pistola y comenzó a retroceder por la cubierta haciéndoles un gesto para que lo siguieran. Corrieron tras de él cogidas de la mano como dos niñas pequeñas aterrorizadas. Pero cuando iban a mitad de camino por el estrecho pasillo que las podía llevar abajo, a la endeble seguridad de la bodega, Clarinda se detuvo de golpe.

Pidió disculpas a Poppy con la mirada, soltó su mano y atravesó corriendo la cubierta.

— ¡Clarinda! — gritó su amiga, aterrorizada—. ¿Qué haces?

— Demostrándome a mí misma que soy una loca sentimental — murmuró con la voz entrecortada.

La revista todavía estaba junto al asiento donde la había dejado Poppy cuidadosamente. Clarinda arrancó la página donde estaba el dibujo del capitán Burke, y una ráfaga de disparos de pistolas estalló en algún lugar del barco, seguido del tintineo de acero chocando contra acero.

Giró sobre sus talones, volvió corriendo junto a su amiga, y tiró de la jadeante Poppy para salir corriendo a toda velocidad. Tenían que recuperar el tiempo que habían perdido, no tenía intención de que nadie sufriera por su locura. El lugarteniente acababa de levantar la escotilla y les hacía gestos frenéticos para que se dirigieran hacia la ensombrecida boca del pasillo. Estaban a punto de llegar cuando su expresión sufrió una alarmante transformación.

Su boca se aflojó y se quedó mirando a Clarinda desconcertado, como si alguien hubiera hecho una broma a su costa que no comprendía del todo.

Entonces ella bajó la mirada lentamente y en ese momento vio la punta de una hoja plateada sobresaliendo en el centro de su pecho.

Poppy soltó un chillido espeluznante. Al ver al lugarteniente cayendo hacia delante, Clarinda fue instintivamente hacia él para intentar parar su caída. Pero en cuanto lo alcanzó, la misma hoja larga y curva fue arrancada de su espalda para blandirla hacia ella. El lugarteniente colapsó desplomado en un charco de sangre, dejándolas completamente solas ante una media docena de hombres armados con pistolas y cimitarras. Sus turbantes y sus túnicas al viento ya estaban salpicados de sangre, pero muy poca era de ellos mismos.

Con la respiración entrecortada de terror, Clarinda comenzó a alejarse de ellos arrastrando con ella a la paralizada Poppy. Echó un último vistazo al desgraciado joven lugarteniente, pero por la sangre que salía por la comisura de su boca y la neblina que ya mostraban sus ojos, clara-

mente ya no podía ser ayudado por nadie. Parecía incluso más joven muerto que cuando estaba vivo. Clarinda lamentó no haber podido siquiera acunar su cabeza en su regazo mientras moría, pero enseguida el sentimiento se transformó en una enorme necesidad de protegerse y sobrevivir.

Empujó a Poppy para que se colocara detrás de ella, alcanzó el ala de su sombrero y sacó la única arma de que disponía. Blandió la aguja de sombrero con punta de perla hacia los hombres que avanzaban hacia ellas.

— ¡Apartaos de nosotras, miserables forajidos, si no queréis que os mate!

Los hombres tal vez no entendieron sus palabras, pero su mirada asesina era inconfundible. El corpulento gigante que empuñaba la sangrienta cimitarra llevó su mirada desde la larga y curvada hoja de su arma a la delgada aguja que sujetaba la mano con nudillos blancos de Clarinda.

Su rostro oliváceo estalló de risa, revelando sus resplandecientes dientes blancos, y justo en el centro el brillo de un diente de oro. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Los demás enseguida se le unieron, dejando claro que la broma era a costa de la joven.

Cuando el hombre habló, su voz era afable y estruendosa, pero su inglés era tan bueno como el de ella.

— Sería una vergüenza atravesar a una criatura con tanta personalidad. Alcanzaría un buen precio en el mercado —la miró de arriba abajo, y el brillo calculador de sus ojos le hizo sentir como si ya estuviera temblando desnuda en algún mercado de esclavos—. Hay muchos hombres en este mundo que pagarían una fortuna por el placer de estrenarla.

En ese momento una ráfaga de viento hizo que volara el sombrero de la cabeza de Clarinda. Su cabello trigueño se soltó de sus peines y se derramó sedoso sobre sus hombros.

Los corsarios formaron al unísono un coro admirativo. Un hombre con cara de comadreja desnutrida y dos dientes delanteros rotos y ennegrecidos finalmente extendió una mano como si fuera a tocarle el cabello; sus ojos brillaban y le colgaba la mandíbula de deseo. Antes de que sus dedos incrustados de suciedad pudieran acariciarle ni un mechón, Cla-

rinda le clavó la aguja de sombrero en la tierna piel de entre los dedos índice y pulgar. El pirata soltó un aullido y levantó la mano herida como si fuera a pegarle. Pero entonces el gigante, sin hacer más esfuerzo del que hubiera necesitado un hombre normal para aplastar un mosquito, le dio una bofetada que lo dejó desplomado sobre la cubierta.

— Guárdate tus sucias manos — gruñó—. No quiero ninguna marca en la mercadería.

La tierna sonrisa que le devolvió a Clarinda era aún más terrorífica que su gruñido. Desprovista de su pequeña arma, comenzó a retroceder con Poppy aún pegada a su espalda como un percebe.

Un sollozo contenido sonó en la respiración de su amiga, que le hizo sentir su propia desesperación.

— ¡Oh, si el capitán sir Ashton Burke estuviera aquí! — se lamentó Poppy—. ¡Sé que un hombre como él nos podría salvar!

Mientras el semicírculo de piratas avanzaba hacia ellas, con sus rostros morenos todavía brillando por el sudor de la batalla y sus ojos oscuros resplandeciendo con una espeluznante sed de lujuria y sangre, una ráfaga de viento aún más violento arrancó el retrato del capitán Burke de los entumecidos dedos de Clarinda. El dibujo salió volando por encima de la barandilla del barco, alejándose en las alas del viento.

— Éste es el problema con los héroes, Poppy — dijo muy seria—. Nunca hay uno cerca cuando los necesitas.